to y temperatura (tan similares y tan significativas desde entonces) innumerables veces, murmuraron atmósfera con una reverencia destinada a otros cultos, e hicieron una analogía entre los bosques tropicales, que atraen sobre sí tormentas devastadoras, y los hombres con sus fiebres de deseos y pasiones insatisfechos, que propician tempestades.

Como quiera que haya sido (y en resumidas cuentas, ¿por qué no habrá de ser así?) el método funcionó. Se puso en marcha sin ningún reparo ni control posibles. Todo eso nos causó grandes pérdidas en nuestras propiedades y terribles inconvenientes en nuestra vida cotidiana.

Se llegó a perfeccionar tanto el procedimiento y se cometieron tantos excesos, que en una sola mañana nevosoleó, nieblallovió, nevó, se presentaron vientos huracanados, llovió y, por último, hubo un sol que calcinó los huertos, insoló a los animales y deshidrató a todos en Zenitra.

Casi todos los ejecutantes del método para influir el clima enloquecieron, murieron despeñados proclamándose dioses o se dedicaron a vagar por los alrededores del pueblo, llevando consigo la desgracia y pidiendo agritos que los mataran. La naturaleza cedió el control del clima y los hombres y mujeres de Zenitra dejaron al azar el control de su raciocinio. Disminuidos, se abandonó a la casualidad y al capricho personal el clima. Entonces vino la lluvia. Nuestro pueblo desaparecerá, sin embargo, nadie quiso abandonar a sus muertos.

Algunos investigadores sobrevivientes coincidieron en señalar que el mecanismo para gobernar el clima fracasó por la incapacidad de los hombres para respetar sus propias normas, y que no faltó quien convirtiera su alegría en exaltación, su tristeza en melancolía y su melancolía en depresión profunda, con tal de sobresalir en el concierto de emociones y añadir su toque personal a lo que sería nuestra desdicha.

Yo, uno de los responsables directos de la catástrofe de Zenitra, creo que nuestra razón no está capacitada para soportar el ardor de un sentimiento en bruto y mucho menos una pasión, sería algo así como si pretendiéramos vaciar metal hirviendo en un recipiente inadecuado.